

Los finaos

LA de los Santos, ha sido siempre en Alcázar una fiesta triste.

¿Que es natural?

Pues no, no lo es, porque la gente se paseaba y se divertía lo que podía. El misterio estaba en que haciendo lo de siempre, lo hacía tristemente, como el que lleva dentro una coseja que le inquieta.

El tiempo favorecía ese pesarejo con su frialdad y con tener que sacar la ropa de invierno, pero lo esencial es que se sentía miedo. Nadie estaba completamente seguro de no ser visitado por los difuntos y que algún **finao** no le cortara las orejas y se las pusiera de **pescado**; esa era la cuestión; que las almas estaban sueltas y podían tirarnos de las orejas en cualquier momento.

Todo el mundo se recogía temprano. No se veía una rata por las calles. En un rincón de cada casa había un cacharro con abundantes lamparillas chirriando toda la noche para alumbrar a las ánimas, que vieran por donde iban, no fuera que en la oscuridad se toparan con nosotros por andar a tientas. Las campanas no interrumpían su toque lúgubre y amedrentador. En la torre se comían tortas en sartén con chocolate y apenas amanecía salían todas las viejas,—en los días tristes, como en las ciudades muertas, solo se ven viejas,—con sus mantellinas y sus rosarios a dar gracias al Señor por haberlas sacado de día tan medroso y por haber recogido las almas con las cuales nadie quería cuentas, al parecer.

Entierro

Ese momento:
desde que sale el cura
de la casa del muerto
hasta que sacan el féretro,
¿Cuánto dura,
que todos sienten hartura?

La mesa de los muertos

¿UÉ habrá sido de ella?
Ya no se la ve.

En esa previsión de los sacristanes para no tener nada pendiente, se veía esta mesa, puesta de frente, en la puerta de la iglesia, los días que había entierro, mucho antes y después de que este tuviera lugar, ¡Como que en eso conocía la gente si había espichado alguien!

La glorieta, solitaria. La paireta, desportillada. La iglesia entornada y la mesa negra puesta en la calle

Hasta ella se llevaban los muertos a mano, con las cajas destapadas, para entonar el gorigori y desde allí se cogían los ataúdes hasta el cementerio.

La pobre mesa que tantos ayes tuvo que escuchar, desapareció, por inútil.

Que en paz descansé, pues como hubiera dicho Araque, también tenía derecho.